

TESTIMONIOS

El compromiso solidario de los niños

Ascensión Ruiz

En mi pueblo de nacimiento, Maleján (provincia de Zaragoza), durante las vacaciones de hace dos años, un grupo de niños y niñas de ocho años, entre los que hay sobrín@s míos (algunos de ellos viven en el pueblo y otros pasan allí las vacaciones), se les ocurrió hacer algunas cosas de artesanía y venderlas. En la discusión –así me lo contaron–, sobre qué iban a hacer con el dinero, abogaron por enviarlo “a la tía Ascen que está en El Salvador con niños pobres”.

La “tía Ascen” –que está en El Salvador desde hace 18 años– es quien esto escribe. He vivido 13 años en el campo, en el departamento de Morazán y actualmente en San Salvador. En todos estos años muchas cosas han pasado y muchos acontecimientos he intentado vivir al lado del pueblo. Tiempos de guerra, tiempos de paz (?), desesperanzas y esperanzas.

Los “niños pobres” que preocuparon a los de Maleján son los niños y niñas que desde la Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador y la solidaridad económica y moral de amigos y amigas del Estado Español y otros países, entre quienes cabe resaltar las Comunidades

Cristianas Populares de Valencia, la Asociación Amanecer Solidario y otros, intentamos mejorar las condiciones de vida de la infancia de zonas rurales y marginales de la capital.

En la actualidad se atienden a 350 niño@s de uno a siete años en cinco Centros de Desarrollo Infantil (CDI)s.

La mayoría de estos niños y niñas están a cargo de las mamás o abuelas, trabajadoras de las maquilas, oficios domésticos en casas ajenas, vendedoras ambulantes, campesinas que trabajan la tierra o jornaleras del campo cuando hay trabajo.

El salario mínimo en El Salvador es de 160 dólares al mes y en el campo –cuando lo hay– de 90. La mayoría de estas familias son de las que viven con un dólar al día.

En los CDIs los niño@s reciben educación, alimentación (tan importante, como es sabido, en los primeros años de su vida), atención en salud y psicológica, tanto a niños como a los familiares.

En la ciudad sobre todo es donde más se da el abuso sexual y el maltrato.

En cualquier zona en donde viven con cinco, seis o siete años, sobre todo

Ascensión Ruiz (San Salvador), religiosa de las *Petites Soeurs Dominicaines*.

las niñas, tiene que cuidar de sus hermanos más pequeños.

Algunas de las educadoras de estos centros son madres que reciben formación permanente y en la que se hace mucho hincapié en los Derechos de la Niñez, Educar con Ternura –por desgracia ellas no han recibido mucha en la vida–, Valores, Autoestima... Cada mes en cada Centro se hace una reunión, lo que llamamos “Escuela de Padres y Madres”, siendo estas últimas, las madres, quienes más participan, unas veces porque no hay papá y otras porque este rol se les encomienda a ellas, salvo algunas excepciones; en otros casos son las abuelas, a quienes les han dejado los niños ya que los padres han emigrado al Norte, sobre todo a EE.UU. y Canadá. En estas escuelas de padres-madres se imparten temas relacionados con la educación, las relaciones familiares, el cuidado, nutrición, la violencia intra-familiar, participación en organizaciones comunitarias.

A los seis o siete años estos niños y niñas pasarán a la escuela, que posiblemente abandonarán en la adolescencia, pues tendrán que trabajar en lo que encuentren o, simplemente, porque la familia no podrá hacer frente a todos los gastos de la escuela, sobre todo si hay muchos hijos e hijas, a los cuales tendrán que comprar zapatos, uniformes, material escolar y a veces pagar cuotas, aunque se diga que no son obligatorias.

Pero siempre queda la confianza en que algo de lo que hayan recibido en la infancia les quedará. Así, da mucha alegría cuando encuentras adolescentes que vienen a recoger a sus hermanitos, pasan de visita o colaboran en alguna tarea y te dicen que ellos estuvieron de chiquitos en el centro. Algunos valores

aprendieron y muchos en su paso por los CDIs tuvieron la oportunidad de desarrollarse en mejores condiciones en los primeros años de su vida.

Algo les quedará también, por otro lado, a estos niños de Maleján si los mayores somos capaces de mostrarles la importancia que sus gestos de solidaridad tienen para dignificar la vida de los niños del Sur y también los del Norte.

Siguiendo con la historia, en aquel mes de agosto del 2004, en Maleján, vendiendo piedras del río pintadas, sales en frascos... aquellos niños y niñas recogieron 100 euros.

El entusiasmo continuó en agosto del 2005 y mejorando la artesanía con la ayuda de algunos padres y madres consiguieron recoger 600 euros.

Con este dinero compramos para 117 niños y niñas un par de botas para el agua y un par de chancletas para cada uno. La alegría de los niños y niñas de los Centros de Desarrollo Infantil del Bajo Lempa fue tan grande el día de la entrega, que aunque la época lluviosa no había llegado todavía, todos querían ir con las botas a casa. La mayoría de ellos siempre andan descalzos llueva o esté seco. Alguno dijo si las podrían llevar a la parcela, es decir cuando ayudan en las tareas del campo.

En el pasado 2006, la venta mejoró con la artesanía que les traje de El Salvador y el mural que hicieron con las fotos de los niños. Ahora estos niños tienen 10 años y en el mural se les ocurrió poner una frase: “Gracias a la colaboración de todos, el año pasado conseguimos 600 euros que sirvieron para comprar calzado a 117 niños y niñas de El Salvador. Sigamos colaborando”. El resultado fue recoger 770 euros.

Pero la historia como todas las cosas buenas, aunque nos cueste verlas, tienen efecto multiplicador. El 27 de agosto en el cumpleaños de uno de estos niños, llegó una niña amiguita de otro pueblo, Ainzon, a 5 kilómetros de Maleján, con una bolsita de plástico que contenía 42 euros. A ella se le había ocurrido vender cosas en su pueblo y dijo que lo pensaba hacer durante todo el año, no sólo en vacaciones.

Estas acciones me llaman mucho más la atención, cuando veo lo consentidos, exigentes, egoístas (“quiero eso o lo otro y lo quiero ya”) que en la mayoría de los casos estamos haciendo a los niños y niñas.

Otro mundo es posible si los mayores cultivamos valores y somos capaces de inculcarlos en los niños, y de ir viendo con ellos que “la solidaridad es la ternura de los pueblos”.

*Un niño no tiene precio.
Vale todo lo que vale la vida
si se quiere que sus riquezas
no mueran como las promesas.
Que los grandes
se unan a nuestro canto
¡Liberad, liberadlos!
¡Liberad a los niños!
Mientras aún hay tiempo
clavadas al suelo las alondras
esperan su primavera.
¡Que se eleven a todo vuelo!*

Daniel Beaume

A modo de conclusión

Hace poco leí en una revista francesa una entrevista a un salvadoreño que desde hacia varios años había residido fuera del país; contaba lo que había encontrado a su regreso y al final de todo

decía que “El Salvador había perdido su alma”. Realmente no sé lo que quería decir con esta afirmación.

Sí; es cierto que la violencia está a la orden del día, que las armas andan por doquier, que la gente quiere huir del país, que echar la culpa de todos los males a los jóvenes de las “maras” (pandillas) es esconder una realidad de injusticia que daña profundamente. Sin embargo hay mucha gente que habiendo pasado por mucho sufrimiento, guarda su alma, su espíritu de lucha, su amor a la vida con dignidad.

Habiendo hablado de los niños de mi pueblo y de El Salvador, quisiera narrar una experiencia con jóvenes en el norte del departamento de Morazán, en los cuales la guerra se vivió con mucha crueldad. Curiosamente en esta zona es donde no existen “maras”.

Desde hace algunos años se ha hecho bastante hincapié en la formación y escolarización de niños y jóvenes; eso no quiere decir que no haya desertiones y que muchos jóvenes al acabar el bachiller –la mayoría becados por organizaciones no gubernamentales–, quieran ir en búsqueda de oportunidades al “paraíso del Norte”, aunque en ello les vaya la vida.

Por otra parte, poco a poco ha alcanzado gran importancia la música, la danza folklórica y el teatro. Todo esto empezó con la llegada a la zona de una pareja joven, él salvadoreño y ella belga, con un programa de apoyo, financiado por un organismo belga, para trabajar con los hijos de excombatientes de la guerrilla que forman la asociación de cooperativas agrícolas del norte de Morazán FECANM. Francamente estos grupos han trascendido la zona norte,

llegando también al sur. A parte de las actividades mencionadas organizan campamentos y foros sobre la Memoria histórica, Realidad Nacional y otros.

Todo esto quiere decir que cuando se presta atención a los seres humanos promoviendo valores por la vida, algo se puede cambiar.

Si en vez de traficar con armas, drogas y seres humanos para enriquecerse más unos pocos se hicieran centros de

formación habría menos jóvenes en las “maras”. Llenarían estos centros y no las cárceles.

Pero, pese a todo, seguimos cantando esta conocida canción salvadoreña:

*“Dale, que la marcha es lenta,
pero sigue siendo marcha;
dale, que empujando el sol
se acerca la madrugada”...*

Pues, ¡a seguir marchando sin consentir que nos arranquen la dignidad!

Acampada de solidaridad con los inmigrantes

Luis Martínez Granado

En la ciudad de Valencia nos encontramos hace ya varios años con la doliente estampa invernal de casi doscientos inmigrantes durmiendo bajo uno de los puentes del viejo cauce del río Turia.

“Y no tenían posada...”

La Mesa de Entidades de Solidaridad con los Inmigrantes lleva hace tiempo realizando actos de solidaridad, encierros, manifestaciones, recogida de firmas, reuniones con las distintas administraciones... para solucionar este problema. En la anterior legislatura, siendo presidente de la Generalitat Eduardo Zaplana, se firmó el Pacto Valenciano por el Crecimiento y el Empleo, que incluía la construcción de centros de acogida para inmigrantes. A día de hoy ni siquiera se ha manifestado la intención de construirlos, pues siguen diciendo que no son necesarios..., cuando los bajos del puente siguen llenos de nuestros hermanos subsaharianos.

El último acto fue una acampada con el lema “*Centro de Acogida, YA*”, en plena Gran Vía Fernando El Católico, los días 15, 16 y 17 de Diciembre del pa-

sado 2006, promovida conjuntamente con la Red de Acogida por la Integración de los Inmigrantes y la Asamblea Baobab. Plantamos cuarenta tiendas intentando simbolizar la falta de vivienda digna y acercarnos a la experiencia de vivir de manera precaria.

“Y el Verbo se hizo carne”

Si no experimentamos el dormir en el suelo, el frío de la noche y las consiguientes molestias, no seremos capaces de trabajar por solucionar el grave problema de los inmigrantes sin techo. Para mí, personalmente, significó una experiencia de adviento, me ayudó a prepararme para la Navidad, a acoger a los que vienen, a reforzar la esperanza de un mundo mejor, de que otra sociedad es posible.

Por el mero hecho de ser personas ya tienen derecho a una vivienda digna, pero es que además la mayoría de los inmigrantes, aquellos que tienen su “casa” a la intemperie en el río, son trabajadores eventuales, y como tales son fuente de enriquecimiento para nuestro país, dinamizan sectores de actividad

Luis Martínez Granado (Valencia) es miembro de las Comunidades Cristianas Populares (C.C.P.)

económica que normalmente no queremos realizar los de aquí. Son personas que revitalizarán nuestros barrios y pueblos.

Conviviendo estos días con ellos hemos experimentado su grata compañía, su esperanza en encontrar su dignidad y la de los suyos, su alegría de vivir a pesar de su dura realidad. Durante estos días hemos compartido con ellos su música, la comida, recital de poesías, clases de castellano, la charla tranquila.

Dikory, emigrante de Gambia, nos decía: “En África no tengo nada, pero nunca dormí en la calle”. Cuanto más opulenta es una sociedad más grandes son sus contradicciones.

La Generalitat Valenciana y el Ayuntamiento, así como la Delegación de Gobierno, son los llamados a poner los medios para que este problema se solu-

cione. No deben ignorar a las personas que malviven debajo de un puente. Y nosotros nos encargaremos de que no lo olviden.

Participé en esta acampada como miembro de Comunidades Cristianas Populares, que forma parte de la “Mesa de Entidades de Solidaridad con los Inmigrantes”. Ha sido para mí una oportunidad de vivenciar mi fe, de renovar mi compromiso con los más necesitados, de experimentar que, de verdad, a Jesús de Nazaret donde más se le encuentra es entre los más desfavorecidos.

Ha sido un momento de gracia, del que he salido enriquecido y potenciado para seguir estando al lado de los que, necesarios para nuestra sociedad, pero no bienvenidos a ella –por aquello de la conocida frase de Max Frisch: “Queríamos mano de obra y llegaron personas”–, son más amados por Dios.

Coherencia y sed de Dios

Juanjo Hernández

Tengo la suerte de pertenecer a *Profesionales Cristianos* desde que como movimiento empieza a caminar en Zaragoza hace algo más de dos años. Desde mis primeros años en la Universidad he tenido clara la necesidad de caminar junto a otros en el mirar y actuar cristiano. Ciertamente cuando mi fe pasa de ser de inercia a convertirse en propia, cuando sale de las clases de religión y se construye desde una experiencia de encuentro personal con Dios, la sensación de necesitar un grupo, una comunidad de referencia, se hace imprescindible.

Tras experiencias sin demasiadas interrupciones en entornos de parroquia y después de algunas crisis de identidad, entramos en contacto con las personas que en esta ciudad, llegadas de JEC, querían establecer *Profesionales Cristianos* (PX) en la Diócesis.

Mi testimonio en el movimiento sólo puede ser de confirmaciones y agradecimientos. Durante este tiempo estoy actualizando el carácter especialmente vocacional de mi profesión, a la que me dedico desde hace 15 años. Trabajo en la Cadena Ser como periodista y locutor. El mundo de los medios de comunicación es suficientemente complejo como para reconocer que hay mucho, mucho

en él que no haría nunca. Sin embargo me siento profundamente privilegiado de pertenecer al gremio de la radio local; aquella que funciona desde y para lo cotidiano, lo próximo, a través de espacios de información y entretenimiento en contacto permanente con el oyente, el ciudadano, el vecino. La relación de mi trabajo como servicio público en el que colaboro tan activa como sencillamente, la ha vivificado *Profesionales Cristianos*. Soy consciente de lo que hago y no hago; de lo que supone mi labor profesional, y lo que no. Me creo el aspecto de acompañamiento que la radio en la que participo contiene y aprendo a relativizar las presiones por la caza de la noticia, las competitividades, las relaciones con la política, las dificultades con la dirección, el valor de la publicidad y otras distorsiones alejadas de las posibilidades ciertas y concretas que yo tengo para corregir.

Pero sobre todo, en PX, intento contemplar mi vida desde lo integral. No sólo soy profesional. O mejor, tengo la enorme suerte de ganarme la vida en un oficio que me conecta con facilidad con el resto de mí. Y esa unicidad también se ve reforzada en el movimiento. Sigo en él sólo con el ánimo de andar junto a iguales en sed de Dios y coherencias.

Juanjo Hernández (Zaragoza), miembro de Profesionales Cristianos.

Porque recibimos gratis, gratis tenemos que dar. Y la experiencia de la vida religiosa nos enseña que recibimos mucho más de lo que damos, y que el *pan de cada día* les es *dado* a quienes no escatiman ningún esfuerzo por asegurarles a los otros no sólo el pan de la subsistencia biológica, sino también el “pan” de la Palabra. Lo que está en juego aquí es el riesgo evangélico que no garantiza el éxito social ni la seguridad del pan de cada día.

Timothy Radcliffe
